

Los Libros

TIEMPOS DE TORMENTA, de *Domingo Melfi*. (Ediciones «La Semana Literaria» 1945), por Luis Merino Reyes

A poco tiempo de publicar «El Viaje Literario», sale de nuevo, Domingo Melfi a desafiar la crítica y a deleitar á los amantes de un buen estilo, con este libro de crónicas «Tiempos de Tormenta».

La obra mantiene todas las características de Melfi: observación serena y penetrante, forma limpia, intención ética y pincelada rápida en la evocación.

Al recordar sus libros anteriores, «Estudios Literarios» y «El Hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas», diríamos que en este libro la parte conceptual, que sostiene todas las obras de Melfi, se hace menos vibrante y esta disminución repercute en el estilo que se torna más pausado y pierde firmeza en su articulación. Se destaca más nítido este proceso en la primera parte del libro, esto es, en la crónica sobre el remate de un viejo palacio santiaguino. Aquí desfilan estampas precisas de antiguos sirvientes, de patronos arruinados y nuevos ricos, de comerciantes advenedizos, de mujeres honestas y ligeras. Gira en torno de lujosas porcelanas, caobas y tapices, traídos directamente de Europa, el alto y bajo fondo santiaguino, ligado, como es natural, en el impulso del goce por el goce que caracteriza a las sociedades

de países jóvenes. Frente a dicha realidad que se rejuvenece en el caso crítico del remate, está el moralista Domingo Melfi comprobando la imprevisión y el despilfarro, la frivolidad cruel de quienes viven el minuto y la experiencia de los que caen abandonados por los mismos que aun disfrutaban de su poderío. A ratos el lector se rebela contra el moralista atraído por el goce que proporciona el estilo del narrador y desearía que se prolongara la simple descripción de los hechos, sin ninguna intervención de carácter ético que abrevie el suceso artístico. Pero luego hay que conformarse y aceptar la modalidad de Melfi como algo indestructible de su personalidad. Ella sitúa al autor en el centro de la querrela social, como implacable fustigador de los prejuicios aristocráticos y severo moralista de la clase media, donde ha depositado su esperanza, propiciante de un orden de familia patriarcal, precavido y honesto.

La segunda parte del libro incluye las crónicas escritas durante el viaje del autor por los Estados Unidos de la América del Norte. En estas páginas, más vigorosas que las anteriores, resalta el choque de una cultura europea individualista, que algo se diluye, dando carácter entre los hombres de una época, con la objetividad especializada yanqui. Un contraste anímico de igual índole, llevado a la exaltación poética, produjo el «Poeta en Nueva York», de García Lorca, volumen en que la expresión lírica se desgarraba de inconformidad.

Melfi desvirtúa a través de su prosa serena, esa misma actitud inicial y nos da cuadros admirativos a la honradez, a la alegría libertada de sensualidad de los jóvenes, a la satisfacción que significa vivir como se quiere. También se inserta la descripción de un viaje aéreo por encima de la flora del trópico que se hace inolvidable por la sugerencia y fluidez de los trazos.

«Tiempos de Tormenta» representa una obra más, de indiscutible categoría artística, entre las numerosas que ostenta Domingo Melfi, quien además, ha demostrado en forma ejemplar

como debe ejercerse la crítica literaria, sin odio turbio al creador, pero con intención generosa y culta, no por eso menos exigente y, sin duda, más constructiva.—L. M. R.



EFIGIE Y POESÍA DE LUIS MERINO REYES, por *Antonio de Undurraga*

Un día equis, inesperado y desconocido, un día cualquiera que se diferencia de otro en tan mínima medida, como una aguja de otra aguja, un día que se torna algo así como un secreto militar, vimos aparecer un libro. Se llamaba «Islas de Música» y su autor era Luis Merino Reyes. El joven poeta, en vez de perder largas horas frente a sendas botellas de vino y compañeros de letras «que matan el tiempo»—según reza la frase hecha—se había dedicado a leer, a meditar, a comparar, a esquivar influencias y darle a su mensaje una voz definida, propia. Había huído de los «amigotes» de «los amigos buenazos». En suma, era un hombre que por ningún motivo quiso convertirse en victorioso pulgón de taberna.

Estuvimos frente a un chileno que tenía el concepto de la responsabilidad literaria y que no iba de redacción en redacción de periódico, trabajándose al amigo, al compadre infalible. No, él, por el contrario, puso su obra ante el juicio público sin trucos, ni trabajos previos. Tenía el clásico concepto de la justa, del torneo entre caballeros. El no podía hacer el criollo trabajito de aceitar o incubar compadres, como quien coloca minas de tiempo en una rada.

Y ya tenemos un arquetipo de escritor que va dos veces muerto: primero, porque es un ser que lleva en sí el concepto de la responsabilidad intelectual, y en segundo término, porque es un hombre altivo que desprecia la incubación en una taberna o garito, del altoparlante literario.